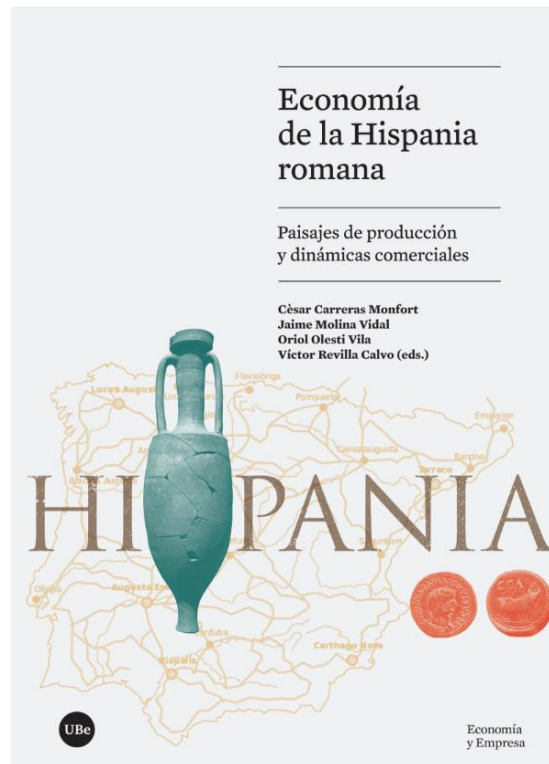


C. CARRERAS MONFORT, J. MOLINA VIDAL, O. OLESTI VILA y V. REVILLA CALVO (eds.), *Economía de la Hispania romana. Paisajes de producción y dinámicas comerciales*, 2024. Universitat de Barcelona Edicions: Barcelona (845 pp.; 24 x 17,5 cm; blanco y negro).

La obra colectiva titulada *Economía de la Hispania romana. Paisajes de producción y dinámicas comerciales* constituye, sin miedo a equivocarnos, una de las síntesis más ambiciosas y metodológicamente innovadoras de la historiografía española sobre economía antigua. Editada por Cèsar Carreras Monfort, Jaime Molina Vidal, Oriol Olesti Vila y Víctor Revilla Calvo, y publicada por la Universitat de Barcelona en 2024, la obra reúne grandes contribuciones que cubren los principales sectores productivos, extractivos y distributivos de la Hispania romana, desde la agricultura y la minería hasta las redes de transporte y el marco jurídico de la actividad económica. Los capítulos analizados desde la “Introducción” (pp. 9-27) hasta las “Reflexiones finales” (pp. 699-725) ofrecen un panorama de la economía hispana no como un conjunto fragmentario de actividades regionales, sino como un sistema complejo de interdependencias que integraba los paisajes peninsulares dentro de la economía imperial.



La introducción formula con claridad el propósito del proyecto: analizar la economía hispana no como una realidad subordinada o marginal del Imperio, sino como un conjunto de paisajes productivos con dinámicas propias, complementarias y articuladas dentro del sistema imperial. El volumen destaca por su enfoque interdisciplinar, que conjuga arqueología, epigrafía, numismática y análisis territorial con herramientas contemporáneas como los sistemas de información geográfica (SIG) o la arqueometría. En conjunto, el libro busca superar los modelos interpretativos tradicionales –centrados en la dicotomía entre primitivismo y modernismo– para abordar la economía romana desde una perspectiva de la globalización antigua.

En la “Introducción”, los editores sitúan el estudio dentro de una tradición historiográfica que va desde las síntesis pioneras de Blázquez Martínez y Balil en los años setenta hasta la renovación teórica y metodológica impulsada por la arqueología de las últimas décadas. La obra se justifica por la necesidad de ofrecer una visión integradora de la economía hispana, hasta ahora abordada de manera parcial o dispersa. Se subraya, además, la relevancia de Hispania como laboratorio de las dinámicas imperiales: una provincia tempranamente conquistada, rica en recursos naturales y decisiva en la articulación entre el Mediterráneo y el interior europeo. El marco conceptual se apoya en dos ideas clave. En primer lugar, la noción de diversidad y complementariedad regional: las distintas provincias hispanas no constituyeron un bloque homogéneo, sino un mosaico de territorios especializados que, en conjunto, sostenían el sistema imperial. En segundo lugar, la coexistencia de una economía de

mercado limitada y una base autárquica amplia, donde el intercambio no se oponía a la autosuficiencia, sino que la articulaba. Esta lectura, inspirada en los enfoques de la *New Institutional Economics*, permite comprender la economía romana como un equilibrio entre instituciones, agentes y territorios.

El capítulo de Oriol Olesti Vila, “Paisajes de la economía en la Hispania romana” (pp. 29-88), desarrolla de manera ejemplar este planteamiento. A partir de fuentes clásicas –especialmente Estrabón– y de datos paleoambientales y arqueológicos, Olesti presenta la península como un “microcontinente” de paisajes económicos interdependientes. Su análisis de los sistemas fluviales, la diversidad climática y la distribución de recursos revela una geografía dinámica, configurada por la acción humana y las formas de poder. Lejos de describir un marco físico estático, el autor concibe el paisaje como producto histórico y social, una lectura que introduce una reflexión política sobre el control territorial. Su propuesta metodológica –que combina SIG, arqueología de los asentamientos y análisis de redes– es uno de los aportes más innovadores del volumen, aunque deja abierta la necesidad de integrar de forma más explícita los factores sociales y fiscales en la explicación del cambio paisajístico.

El capítulo “La población: el factor humano” (pp. 89-132), de Cèsar Carreras Monfort y Alejandro G. Sinner, ofrece una revisión crítica de la demografía hispana, tradicionalmente subestimada en los estudios económicos. A partir de datos epigráficos, bioarqueológicos y de ADN antiguo, los autores reconstruyen la distribución espacial y la movilidad de la población desde época prerromana hasta la Antigüedad tardía. El mérito de este capítulo reside en combinar evidencias heterogéneas para plantear hipótesis sobre densidad, esperanza de vida y salud, aunque los límites de la documentación obligan a mantener prudencia en las conclusiones. El texto se inscribe en una corriente demográfica que prioriza el análisis de tendencias más que la cuantificación absoluta, aportando un marco esencial para entender la mano de obra y la dinámica del poblamiento rural.

Los tres capítulos siguientes –de Revilla Calvo, García Vargas y López Medina– constituyen el núcleo agrario de la obra. En “La viticultura y la producción de vino: una realidad diversificada” (pp. 133-190), Víctor Revilla Calvo reconstruye con gran solidez empírica la expansión de la viticultura hispana entre la República y el Alto Imperio. A través del estudio de las villae, los talleres anfóricos y las redes de distribución, muestra cómo el vino hispano alcanzó una notable presencia en los mercados mediterráneos, en especial desde Tarraco y la Bética. Revilla combina análisis técnico con lectura económica, interpretando la viticultura como un sistema social complejo que generó ascenso local y articulación imperial. Su principal aporte radica en la idea de “realidad diversificada”: coexistencia de producción de mercado y autoconsumo, lo que desdibuja la clásica frontera entre economía doméstica y comercial.

Enrique García Vargas, en “La producción y la distribución de aceite: un sector fundamental de la economía hispana” (pp. 191-248), analiza el sector oleícola como eje estructural de la economía hispana y del abastecimiento imperial. A partir de la epigrafía anfórica (Dressel 20) y los contextos arqueológicos de la Bética, el autor demuestra que el aceite no fue solo un producto de exportación, sino un vector de integración territorial y fiscal. Su lectura de la relación entre producción y control estatal –a través de las *societates publicanorum* y la administración imperial– evidencia el papel del Estado como agente económico activo. Aunque su enfoque tiende a la escala macroeconómica, el capítulo destaca por su rigor metodológico y por conectar la evidencia material con los mecanismos de poder.

En contraste, “La agricultura «invisible»: cerealicultura, agricultura de consumo interno, fibras vegetales” (pp. 249-290), de María Juana López Medina, centra la

atención en los sectores menos documentados: cereales, cultivos textiles y horticultura. Su planteamiento busca rescatar las economías domésticas y de subsistencia, invisibles para la arqueología tradicional. López Medina reivindica una mirada microeconómica, atenta a la diversidad tecnológica y social del mundo rural, y advierte sobre los sesgos interpretativos que privilegian los productos de exportación. Este capítulo, de orientación crítica y metodológica, amplía el alcance social del libro al incluir a los pequeños productores en el análisis económico.

El bloque intermedio del volumen examina los sectores de producción animal, pesquera y minera. Lúdia Colominas Barberà y Oriol Olesti Vila, en “Producción y consumo de recursos ganaderos” (pp. 291-338), introducen un enfoque zooarqueológico que permite cuantificar cambios en las prácticas ganaderas y de consumo. Su estudio muestra la integración de la ganadería en redes regionales y el papel del comercio de lana y pieles en la economía imperial. Aunque el texto es más descriptivo que interpretativo, representa un importante avance metodológico en el uso de bioindicadores para la historia económica. En “El mar como fuente de recursos en las costas de Hispania” (pp. 339-367), Lázaro G. Lagóstena Barrios amplía la perspectiva hacia el litoral, reinterpretando el mar no solo como vía de comunicación sino como espacio productivo. Su estudio de la industria del *garum*, las salinas y la pesca aporta una visión integrada de las economías costeras, destacando la interacción entre tradición púnica e innovación romana. Lagóstena ofrece, además, una reflexión social sobre la organización del trabajo y la jerarquización laboral en los centros de salazón.

El capítulo de Almudena Orejas Saco del Valle, “*Metalla* y minería de Hispania” (pp. 369-453), es uno de los más densos y técnicos del volumen. Su detallado examen de la minería aurífera del noroeste, la argentífera de Cartagena y la explotación de plomo y cobre en Sierra Morena pone de manifiesto la magnitud del aparato extractivo romano. La autora combina análisis arqueológico y documentación epigráfica para reconstruir las formas de gestión –desde el control estatal directo hasta las concesiones privadas– y las consecuencias territoriales y sociales de la minería. El capítulo destaca por su solidez empírica y su interpretación del paisaje minero como construcción política del imperio.

La dimensión manufacturera y distributiva se aborda en tres capítulos que revelan la articulación interna de la economía hispana. En “La producción artesanal: entre autarquía y manufactura” (pp. 455-531), María del Mar Zarzalejos Prieto y Javier Salido Domínguez examinan la dualidad entre producción doméstica y manufactura organizada. El análisis de talleres cerámicos, metalúrgicos y vidrieros evidencia la existencia de redes de producción descentralizadas, más cercanas a la lógica gremial que industrial. Los autores interpretan el artesanado como un campo intermedio entre la autosuficiencia y el mercado, lo que cuestiona las visiones lineales del progreso tecnológico romano.

El capítulo “Redes de transporte terrestre e infraestructuras portuarias: provincias en movimiento” (pp. 533-567), de Pau de Soto Cañamares y Daniel Mateo Corredor, destaca por su aplicación de modelos de movilidad y análisis de red. La península ibérica es concebida como un sistema de conectividad jerarquizada, donde las grandes vías (Augusta, de la Plata) y los puertos fluviales estructuraban los flujos de mercancías. El empleo de SIG y modelización computacional sitúa este trabajo en la vanguardia de la arqueología de la movilidad, aunque el énfasis técnico reduce la discusión sobre las implicaciones sociales de la infraestructura.

En “La circulación de moneda: más allá del metal” (pp. 569-615), Fernando López Sánchez introduce un gran estado de la cuestión sobre el impacto de la moneda en Hispania, yendo más allá de su función económica. De este modo, López Sánchez

explora la repercusión de la moneda en base a las numerosas series monetarias y los contextos de hallazgo, explorando la evolución de las acuñaciones hispanas desde la República hasta la Tardoantigüedad. Como sabemos, algunas emisiones pueden relacionarse con determinados procesos políticos, aunque el marco teórico planteado podría haber dialogado más con la economía cuantitativa reciente, sin subestimar los análisis estadísticos de circulación monetaria, producción monetaria y fiscalidad.

Los tres últimos capítulos refuerzan la dimensión institucional y sistémica del libro. En “La dinámica comercial hispana en el sistema económico imperial” (pp. 617-656), Jaime Molina Vidal ofrece una síntesis convincente de las redes comerciales hispanas. Su análisis de los flujos de exportación –de productos agrícolas, mineros y manufacturados– muestra cómo Hispania pasó de una economía extractiva a una economía diversificada e interdependiente. Molina combina evidencia arqueológica y modelos económicos para explicar la integración de las provincias en una economía-mundo romana, anticipando los enfoques globalistas actuales. Carlos Sánchez-Moreno Ellart, en “El Derecho y la organización de la actividad económica” (pp. 657-698), examina las bases jurídicas de la economía provincial. A partir de la *lex Irnitana* y otras leyes municipales, reconstruye los marcos normativos que regulaban la propiedad, los contratos, los mercados y la fiscalidad. El autor muestra cómo el Derecho romano configuró un entorno institucional de previsibilidad y confianza –una especie de “infraestructura legal” que garantizó el funcionamiento económico–, aportando así una perspectiva poco tratada en las síntesis previas.

Las “Reflexiones finales: la economía de las provincias hispanas en el contexto imperial” (pp. 699-725), nuevamente a cargo de los editores, constituyen una síntesis interpretativa del volumen. Se enfatiza que la economía hispana no fue periférica, sino un elemento estructural del sistema imperial, caracterizada por su diversidad regional, su capacidad de integración y su resiliencia ante las crisis del siglo III d.C. Los editores plantean que el estudio de Hispania permite entender el Imperio como una red flexible de territorios interdependientes, más que como una jerarquía rígida centro-periferia. Desde un punto de vista académico, *Economía de la Hispania romana* representa un hito en la historiografía económica sobre el mundo antiguo. Su principal logro radica en combinar exhaustividad empírica con coherencia metodológica. La articulación de los capítulos evita la fragmentación típica de las obras colectivas, gracias a una estructura que reproduce la lógica del sistema económico: recursos, producción, distribución y marco institucional.

No obstante, pueden señalarse algunas limitaciones. En primer lugar, la desigual densidad analítica entre capítulos: algunos (como los de Revilla u Orejas) alcanzan un nivel de detalle casi monográfico, mientras que otros (como el de Colominas o el de transporte) se inclinan más hacia la síntesis descriptiva. En segundo lugar, la obra mantiene cierta prudencia teórica: aunque adopta el lenguaje en términos de “globalización antigua”, no desarrolla plenamente sus implicaciones sociales ni las tensiones entre integración imperial y desigualdad regional. Finalmente, la dimensión social –el papel de los trabajadores, esclavos o mujeres– aparece de manera tangencial, pese a las oportunidades abiertas por los nuevos enfoques arqueológicos.

A pesar de ello, el volumen se distingue por su coherencia interpretativa y por situar a la arqueología hispana en diálogo con los grandes debates internacionales sobre la economía romana. La obra no solo sistematiza décadas de investigación dispersa, sino que establece un nuevo paradigma para estudiar las provincias como unidades activas del sistema imperial. Sin duda alguna, el mérito principal del volumen radica en su ambición integradora y su coherencia estructural. Pocas obras logran reunir de modo tan eficaz los distintos sectores económicos –agrario, extractivo, artesanal y comercial–

dentro de un marco común. La coordinación editorial es visible: los capítulos dialogan entre sí y mantienen un lenguaje compartido, lo que evita la fragmentación típica de las compilaciones colectivas.

Desde un punto de vista historiográfico, el libro se posiciona en la línea de renovación que supera la vieja dicotomía entre primitivistas y modernistas. Su propuesta de “paisajes económicos” ofrece un paradigma más relacional, donde las categorías de mercado, autarquía y fiscalidad se integran en una misma lógica imperial. La influencia de enfoques globalistas y de la economía institucional se percibe en todo el volumen, aunque no siempre se traduce en una problematización teórica explícita. En este sentido, el marco conceptual de la introducción resulta más ambicioso que su desarrollo en los capítulos específicos.

Por otra parte, mientras los sectores de exportación (vino, aceite, minería) reciben un tratamiento detallado y cuantitativo, las economías domésticas o de subsistencia –pese a los esfuerzos de López Medina– quedan en segundo plano. Esto refuerza una visión macroeconómica centrada en la integración imperial, con menor atención a las desigualdades sociales y regionales. Además, el papel del trabajo esclavo, las relaciones de género y las formas de dependencia apenas se abordan, lo que limita la comprensión social del sistema económico. Metodológicamente, el libro es ejemplar: incorpora herramientas arqueométricas, SIG, estudios zooarqueológicos y análisis de ADN. Sin embargo, esta sofisticación técnica no siempre se acompaña de una reflexión epistemológica sobre los límites de la evidencia. Algunos capítulos (como los de transporte o población) tienden a presentar los datos como autoexplicativos, sin discutir cómo la tecnología condiciona la interpretación histórica.

Aun con esas limitaciones, *Economía de la Hispania romana* constituye un referente historiográfico. No solo actualiza la información arqueológica y documental, sino que redefine la manera de pensar la economía provincial romana como un conjunto de paisajes interconectados en constante transformación. Su contribución principal es metodológica: demostrar que solo una lectura interdisciplinar –que combine arqueología, historia económica, derecho y análisis espacial– permite captar la complejidad del sistema romano. Creemos, pues, que *Economía de la Hispania romana. Paisajes de producción y dinámicas comerciales* ofrece una visión integral, crítica y actualizada de la economía provincial romana. Su enfoque interdisciplinar y su énfasis en la interacción entre territorio, producción y poder convierten al volumen en una referencia imprescindible para la historia económica del Occidente romano. Más que un compendio de sectores, es una reflexión colectiva sobre cómo las economías provinciales sostuvieron, adaptaron y transformaron el proyecto imperial romano. En su conjunto, la obra redefine la Hispania romana no como periferia dependiente, sino como laboratorio de innovación económica y social dentro del Mediterráneo antiguo.

David MARTÍNEZ CHICO